



LA HOJA de PARRA



MARCA
REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Apartado 547.—Teléfono 1843

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

LUIS DE OSSA

Los timos del amor.

MINGO REVULGO

La venida de Mr. Poincaré

FELIX RECIO

Corriendo liebres...

CLEMENTE DE CASTRO

La sorpresa.

ANTONIO MORILLAS

Las dos.

LUIS ESTESO

Sucedido...

TOVAR

y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de

Marietina.

MARIETINA

¡Una estrella más!



5 cénts.

SECCION VERMOUTH

Ha comenzado la desbandada de los veraneantes y dentro de pocos días Madrid recobrará la animación y la vida de gran población que quedó en suspenso durante dos meses. Los teatros abrirán sus puertas y volveremos á ver en los palcos á nuestras bellas, interesantes y complacientes amiguitas galantes que nos abandonaron en esta temporada estival en busca de impulsivas aventuras en playas y balnearios. ¡Golon drinas de amor que elevando el vuelo emigrasteis, alegres y bulliciosas, como champanesca espuma, bien vueltas seáis al perfumado y muelle nido! Y ya que tornáis, indemnizarnos de la fuga dejándonos reposar en él, en tanto nos referís al oído las intimidades de vuestras adorables concupiscencias durante la lamentada ausencia. Y si no queréis pluralizar, porque «los hay muy ansiosos», que decimos los clásicos, limitad la concesión á mí solito, que os adoro, reverencio y venero, como sacerdotisas del templo de Venus, en clase de modesto oficiante del de Priapo (¡en buena hora lo digal), que aunque otras cosas afirmen malas lenguas mi-

tológicas, no era precisamente un dios pagano, por lo que tuvo más de un juicio de faltas en el Juzgado municipal del Olimpo ante la diosa Themis, obligándole á exclamar que ¡Anda la diosa! porque siempre le condenaba en costas.

Y no sólo retornan las arrulladoras parjaritas del Placer, sino que vuelven las limpias de pecado, según propia y respetable confesión, dispuestas á entrenarse en las honestas distracciones que la moda, insaciable tirana, les prepara para pasar distraídas las largas veladas del enervante invierno.

Las que traspasaron las plácidas márgenes del Bidasoa, regresan informadas de cuáles han de ser las *toilettes* que han de hacer resaltar los naturales encantos de sus lindos cuerpos. ¡Permita la Divina Providencia que sean por lo menos tan sugestivas y taxaficantes como lo vienen siendo hasta ahora, y si es posible, un poquito más, porque cuando ella lo dió será para que se luzca, no para que se oculte entre paños y pieles, reservando las delicias de su contemplación y disfrute exclusivamente para sus oficiales poseedores. ¡Entonemos una oda de gratitud al vestido ceñido y descotado, á la media de gasa (¡pero que no sea blanca!), al zapatito recortado, á todo, en fin, lo que constituye la actual indumentaria del sexo bello!

A la moda en el vestido debe seguir la de la distracción. Las que aludía antes, por haber traspasado la frontera, están ya en el secreto llenas de gozo y deseo de ponerla en ejecución. Me refiero á la modadel baile, que si aquí ha de serlo ahora, tiene sin embargo en otros países más adelantados que el nuestro, carta de naturaleza desde hace bastantes meses. Son las denzas simbólicas importadas de Norte América, emperatriz de todo lo extravagante que en el mundo



—Caramba, señor Besúguez, le veo á usted preocupado ¿qué le pasa?

—Hombre, que ayer salí de casa dejando á mi mujercita tan contenta y cuando volví...

—¿La encontró usted enferma?

—La encontré con un capitán de caballería.

hace el sér humano, y que ha sido acogido con fervoroso entusiasmo por la alta sociedad europea.

La burguesía millonaria no podía avenirse á que el estado llano poseyera sus danzas características y ella tuviese que conformarse con los arcáicos é insípidos bailes inventados por afeminados danzantes de la época del Imperio, y discurrió los suyos por no ser menos que la gente del bronce que tenia como distintivo la brutal danza de los Apaches, que por fortuna para la estética y el buen gusto, por lo que quiere simbolizar, sólo adoptaron algunos bailarines de Café-Concert, como demostración de su destreza en el arte de la piqueta.

Los reyes del betún, del tocino y del clo-rato de potasa, han inventado la danza del Oso y la del Canguro, que bailan en los salones adornados con insultante riqueza, completamente convencidos de su superioridad.

La del Oso consiste en imitar á los acordes de una musiquilla, bastante antipática por cierto, los movimientos del pesado plantigrado. Y es cosa de admirar cómo un grave y ya encanecido fabricante de guano animal en alta escala para sus fornidos brazos sobré los hombres mantecosos de una

respetable jamona, la que á su vez, arroja los suyos morcillados en las clavículas del apuesto galán. Parecen, en efecto, dos Osos polares disfrazados de personas.

La del Canguro, es del mismo corte. Hombre y mujer, después de dar separadamente varios saltos colocados en cuclillas, al encontrarse se dan un pechugón apretándose salvajemente, sin aquellos encantos del suave enlace que engendra un cosquilleo de voluptuosidad que es el principal aliciente del baile unido.

Pero los yankis, al enterarse de que en todos los salones del viejo continente se les imita, han decidido inventar otras nue-

vas danzas, cambiando los animales de sangre roja y caliente por los crustáceos. El último grito de la moda en Nueva York y Washington es la danza de la almeja y el percebe. La danza simula buscarle el percebe al varón, mientras éste le busca á ella la almeja. Para bailar esta nueva creación simbólico-terpsicoriana se necesita una toilette absolutamente marítima, ella viste de Nayade y él de Plutón. Ahora, que lo lógico es que ella sea un grandísimo Plutón para estar más en carácter. Prepárense, pues, nuestros elegantes á bailar el próximo invierno, las danzas del Oso y del Canguro, que ya llegará la moda de la almeja revoltosa y el percebe juguetón.

Entretanto, los que no somos de esa ca-

JUGANDO AL ZURRIAGO ESCONDIDO



El señorito.—¡Caliente, caliente!
La criada.—¿Cómo lo sabe usted?

tegoría social, nos contentaremos con «el agarrao de la Bomba», que no es un símbolo sino una realidad palpable, pero muy palpable, y en el que se cumplen todas las reglas dictadas por la sabia Naturaleza, entretejiéndose, acariciándose y confundiendo dos cuerpos palpantes de emoción plástica y ritmos procreadores, al compás de un *chotis* de Chueca, cuyas voluptuosas notas repiten cadenciosamente las palabras del Profeta. «Dame negro cadera y toma ninchi, tripita rica».

Un pequeño REPORTER

Los timos : del amor

El ingenio de los timadores no descansa y cada día hallan nuevas socaliñas para apropiarse de lo ajeno. Hay engaños de todas clases: desde el timo del *portugués* ó del *cartucho* al del *violín* y el *sabidísimo* de los *panes* hay millares de subclases á cual más extraordinaria. Pero

causará gran retraimiento entre los jóvenes calaveras de profesión.

■

Días atrás se presentó en la mesa redonda del hotel, un matrimonio italiano. El, membrudo y alto, grave y tan avaro de palabras como parco de sonrisas. Ella, gentil y pizpireta, con una boquirrita muy picotera y dos magníficos ojazos muy habladores; parecía, no obstante, un poco triste, y no faltó comensal que achacase aquella nubecilla melancólica al poco amable trato del esposo, que comía apoyado de codos sobre la mesa y muy cejijunto, como si estuviese resolviendo mentalmente algún problema.

Así fueron pasando varios días; la figura de la italiana era más interesante cada vez, sus actitudes más lánguidas sus trajes más perfumados y los movimientos de su flexible talle más expresivos; varios huéspedes empezaron á mirarlos con ojos codiciosos, ella les correspondía y animaba entornando los suyos, y al fin hubo un Don Juan madrileño él que cayó en el esparavel de aquellas pupilas luminosas...

Y desde entonces, y á hurto de los concurrentes, empezaron las frases intencionadas y

las sonrisitas furtivas... Mientras el marido continuaba absorto y ciego, con esa ceguera maravillosa de todos los maridos burlados.

Luego es de suponer que la joven y el galán hubieron de encontrarse en la calle ó en algún lugar poco seguro y en el cual sólo pudieron decirse algunas palabras. El la pidió una cita, con esa urgencia desesperada con que suelen solicitarse tales favores. Ella resistía...



—Juraría que ese traje tenía antes unos pliegues en la espalda ¿Te lo han arreglado?

—Sí, hijita, caprichos de Carlos que se ha empeñado en que no tenga ningún pliegue por detrás.

estos golpes no pueden repetirse; la prensa los propala, los incautos se previenen y los caballeros de industria tienen que cambiar de táctica y urdir nuevos enredos, ni más ni menos que si estuviesen componiendo el argumento de un novelón por entregas.

En estos días acaba de realizarse un novísimo timo consumado en uno de los principales hoteles de San Sebastián un timo del género galante, que seguramente

- Mi marido es muy celoso...
 —No importa.
 —Le romperá á usted el esternón...
 —Mejor; morir por usted es un placer de dioses...

La italiana concluyó por rendirse á discreción,

—Bien: entonces, mañana por la tarde, á las siete.

Ya sabe usted que ocupo el cuarto número tres...

No hay para qué advertir que antes de



—No me explico por qué dicen las estadísticas que cada hombre toca á ciento y pico de mujeres... ¡Yo voy creyendo que no tocan á ninguna!..

conceder esta cita, la ladina joven se había asegurado de que su cortejador era de los hombres que llevan la cartera bien repleta.

Al siguiente día, el arriesgado madrileño — ¡ay!, me asoma su nombre á la punta de la pluma — acudió á la cita con puntualidad británica. Al principio hablaron un poco; luego él fué animándose y vinieron los apasionados juramentos de amor y los

abrazos y los brinquito y carreritas de ella, que se defendía ..

En tan crítico momento entró el italiano, el feroz marido, con un revólver en la mano. Era inútil defenderse sin negar, y el seductor se rindió á discreción.

Su enemigo entonces le pidió cuatro mil pesetillas.

—Si no me las da usted —dijo—, le rompo el cráneo: está usted en mi cuarto, le he sorprendido queriendo forzar á mi esposa y tengo derecho á matarle. escoja usted...

El Tenorio madrileño escogió y pagó... Y aquella misma noche el matrimonio salió de San Sebastián con rumbo desconocido.

¶

Después no ha faltado quien diga que aquel par de tortolitos ha representado idéntica tragi-comedia en diferentes capitales de Europa, y que así viven.

De suerte, que para este aventurero italiano parece escrita aquella copla que dice:

*Cásate y tendrás mujer,
y vivirás lindamente...*

Luis de OSSA

EN EL HOTEL



La camarera. — De parte del jefe de cocina, que cómo quiere usted el tomate.

El. — Dile al jefe de cocina que eso no le importa á nadie más que á ti. ¡So fea!

La venida de Mr. Poincaré

Promete ser según todos los nuncios — con perdón sea dicho del nuncio de Su Santidad — un verdadero acontecimiento.

El hecho, en sí, de la venida de cualquier personaje, constituye ya una efemé-

danos les ha parecido esta medida un tanto irreverente y otro tanto sicalíptica. — (Apúntese estos dos tantos el señor alcalde).

Aparte de esta leve disposición presidencial, que pudiera prestarse á torcidas interpretaciones, es de justicia consignar aquí que el señor Vincenti se está desviando por rodear de los mayores encantos la ansiada venida del presidente de la República francesa.

Se está haciendo un arreglo general de las alcantarillas; se multiplican las órdenes de revocos de fachadas, se irá á proveer de un *Manual de la conversación* á los cocheros y se va á leer varias veces la cartilla á nuestras bravías vendedoras de pimientos de la Plaza de la Cebada.

Pero los que tienen una delicadísima misión que cumplir, son esos guardias urbanos que ostentan en la bocamanga el distintivo tricolor. Estos modestos funcionarios — convenientemente aleccionados por nuestra primera autoridad municipal — tienen el encargo de enseñar á las mujeres alegres — tobilleras inclusive — á decir en francés las consabidas frases de «Pasa

POR LAS SEÑAS...



El marido.—Infame ¿cómo te has dejado retratar en cueros y de espaldas?

Ella.—Ese retrato no es mío.

El.—¿Y este lunar del carrillo izquierdo, de quién es?

ride gloriosa en la historia de cualquier pueblo; máxime cuando se trata de un viejo prohombre republicano.

El alcalde de Madrid, ante el fausto suceso que se avecina, ha comenzado ya á tomar las naturales precauciones, empezando por proveer de una artística y resistente *chapa* á los vendedores de periódicos. Por cierto que á más de cinco ciuda-



Las señoras.—¿Qué le pasa á usted? ¿Por qué viene llorando?

La criada.—Porque al ir á la fuente me... em... contré... á... mi... novio... y... se... em... peñó... em... cogirme... el... botijo...

La señora.—¿Y por eso llora usted?

La criada.—¡Es... que... me... lo... ha... roto!

DE TELON ADENTRO



La tip'e (turiosa).—¡Por no cumplir usted con su obligación, se me ha echado el público encima, de mala manera.

El apuntador.—Pues yo la apuntaba á usted bien.

moreno», «Vivo solita» y «No regañaremos», locuciones todas que, dichas en español, no tendrían ningún encanto para los súbditos de doña Mariana que acompañan á Mr. Poincaré en su venida.

Otra disposición, debida al esfuerzo mental del señor alcalde, hemos de comentar favorablemente. Es la que se refiere á los mangueros de la Villa, en virtud de la cual, y durante una proyectada revista de mangas de riego, todo manguero municipal está obligado á tenerla con la mano y completamente derecha hasta que ordene lo contrario un agudo toque de clarín. ¡Quieran los dioses que tal orden sea cumplida por todos los interesados sin que haya ninguna enojosa excepción!

Con esto, y con el advenimiento á la Villa y Corte de los *boys express*—colección de señoritas que se colocarán en las esquinas con trajes *ad hoc*, y que harán todo

lo que se les mande á la francesa—, díganme ustedes si no va á ser sonada la su-sodicha venida de M. Poincaré.

Hasta los tenorios callejeros, con sus pujos amatorios y sus ribetes chulescos, se hallan provistos de su buen *Método de Hanne*, en previsión de que se descuelguen por los madriles más francesillas de la cuenta.

Y alguno de ellos dirá á alguna de ellas, mirándola con ojos asesinos:

—*Mademoiselle; aimez vous?*

—*¿Qué dit'on monsieur?*

—Digo, que si *m'amez*, ya estamos alquilando un *fiacre* pá que nos lleve escapaos á la *Costanille*... ¡Que allá la voy á usted á comer, prettosité!...

¡Y puede que más de una francesilla se deje meter el diente!

Y si no, al tiempo...

Mingo REVULGO

PRECAUCION



Ella.—Oye, sordao, ven acá.

El.—Que no voy.

Ella.—Si no te va á pasar na mel...

El.—¡Por un sí es caso!

Corriendo Juanito—no Juanito Belmonte, pero sí tan conquistador y resistente como él—
:: liebres... salió de su casa resuelto á realizar una conquista. Con sus pantalones claros cortados según los padrones de la más atila-

APUNTES DEL NATURAL



Nuestra amiga y colaboradora la señorita A. G., dibujando una picardía para el número próximo.

da flamenquería, estrechos de campana y ceñidos de cintura; la americana negra y el chaleco muy abierto, para mejor lucir la camisa, con cuello á la marinera y pechera rizada, según requiere la clásica majeza española. Y amén de esta airosa indumentaria de mozo crudo y llamado atrás, llevaba Juanito muchos bríos en el ánimo, mucho dinero en el bolsillo y muchas ganitas de darle que hacer á la sin hueso...

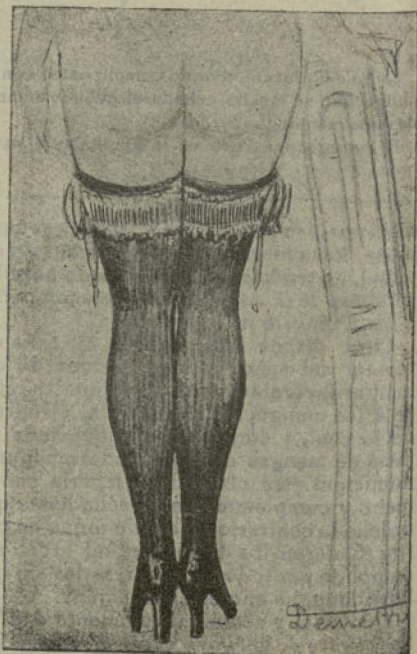
Bajaba por la calle de Carretas pisando menudo y airosamente y esgrimiendo el bastón entre los dedos como un calzafraque presumido, cuando ¡zész!... vió que por

la misma acera y en dirección contraria á la suya venía una jamona lindamente vestida y titubeando las pomposas caderas con tan perverso desasosiego, que cautivaba la atención de los transeúntes más distraídos.

—¡Vaya usted con la Virgen, contrabando de sall —exclamó Juanito—; ¡jole tres veces, por las mujeres bien guisadas y que saben mover el cuerpo!...

Ella no respondió y Juan fué tras ella, muy resuelto á extremar su conquista cuanto pudiese; así recorrieron las calles de San Ricardo y Correos, sin que la gentil perseguida se dejase alcanzar, y al llegar á la de la Bolsa se entró de rondón en un portal, á tiempo que una muchacha salía.

Juanito se había quedado en la acera opuesta, observando á las dos mujeres que conversaban y comprendió que la más joven estaba al servicio de la otra. Aquel feliz descubrimiento le sirvió de base para urdir un plan de avezado conquistador—: Mejor —pensó; por el tronco se sube á las ramas...



La señorita A. G. tiene las piernas bien hechas.

IDILIO A GRITOS



La vendedora.—¡A la peral ¡á la peral ¡Ay qué rica peral

El vendedor.—¡Al higo! ¡al higo! ¡Ay qué higo tan fresco!

El guardia.—¡Bueno, bueno! arreglarse ya, y no venirme con indirectas que se queja el vecindario.

Y en aquella ocasión la sirvienta había de servirle de tronco y asidero para llegar hasta su ama.

La joven había cruzado la calle corriendo, y en cuanto dobló la esquina Juanito la abordó, exponiéndola sin circunloquios ni ambages, sus deseos. Ella empezó á admirarse y á protestar, asegurando que su ama era mejor que el pan candeal y que ella no sería capaz nunca de ponerla en un brete. Al fin, después de mucha conversación, Juanito la atajó el resuello, diciendo:

—Mira, Pepe: todos los favores se obtienen por dinero, y yo estoy dispuesto á pagarte el que te pido por mucho que valga.

—¿Está usted loco?

—Completamente. Tu señorita me ha robado el seso.

—Póngase usted en cura.

—Esta misma noche. Ella oficiará de médico y el importe de la consulta... lo cobrarás tú.

—¿Cuánto?

—Cincuenta pesetas.

—¿Nada más?... ¿Es posible que no dé usted más que eso por recobrar el juicio?

—Pon cien. ¿Te acomoda?...

—¿Por qué no?...

Una vez planteado así el problema, Juanito

pagó por adelantado la mitad de lo ofrecido, y las dos partes beligerantes no tardaron en llegar á un acuerdo. La señorita Rosa era viuda, vivía sola y únicamente recibía la visita de un anciano banquero que la visitaba todos los domingos. Aquella noche Rosita iba á perder el rato en el Retiro, y durante su ausencia Juan podía penetrar en su casa y refugiarse en su dormitorio sin ser visto de nadie. En cuanto al resultado de tan diabólica aventura... ya sonaría.

■

Así se separaron, rubricando su flamante amistad con un cordial apretón de manos, y algunas horas después, Juanito estaba en una pequeña habitación contigua al dormitorio de Rosa, esperando afanoso la llegada de la opulenta jamona y pesando el pro y el contra del inaudito lance pendiente.

Realmente, aquella había sido un cúmulo de peripecias novelescas y fuera de todo quicio y razón. Es cierto que Rosa, después de oír los primeros requiebros del joven, había lanzado sobre su arriscado perseguidor algunas miradas que podían tener grandísimo alcance; y que luego de



—Me parece, Currito, que puedes estar contento de tu mujer.

—Desde luego, nené. ¡Me tienes hueco del todo!

entrar en su casa se asomó al balcón, en donde permaneció un buen espacio... ¿Pero disimulaban aquellas animosas insinuaciones el que él hubiese pujado su osadía al extremo de llegar hasta allí sobornando sirvientes como cualquier ladronzuelo?... ¿Aquél alarde de audacia no dificultaría la realización de su deseo? ¿Se asustaría Rosita, gritaría?... ¿Sufriría uno de esos síncope oportunistas que escudan la caída de las mujeres y favorecen la victoria de los galanes atrevidos?...

Y en estas cavilaciones estaba cuando sintió el agudo tintineo de una campanilla y luego la voz sorprendida de Rosita que preguntaba á la sirviente:

—Pero, Pepa, ¿todavía no te has acostado? ..

Después Juanito la oyó ir y venir por los pasillos, armando mucho ruido con sus enaguas almidonadas, y el ruido de la fuente que derramaba un chorro bullicioso de agua cristalina dentro de un vaso.

Momentos después la joven entró en su dormitorio con el aire fatigado y displi-

cente del que tiene mucho sueño. Juanito, oculto tras los cortinajes que protegían la puerta del cuarto-ropero, podía atisbar] á Rosita sin correr grave peligro de ser visto. En tales momentos, sometido á una serie de violentísimas emociones que solo puede comprender quien se haya encontrado alguna vez en situación análoga, espíaba con ojo avizor cuanto en el cuarto inmediato sucedía; abriendo mucho los ojos para ver mejor y conteniendo el aliento, mientras sentía que por sus venas empezaba á rebullirse la terrible dinamita del deseo.

—¿Salgo ó no salgo? —se preguntaba el temerario conquistador, no sabiendo cuál sería la mejor coyuntura ó sazón para rematar el lance. Luego, no pudiendo contenerse más, asomó la cabeza, pareciéndole que en el cuarto ropero no había bastante aire respirable...

Transcurrieron algunos minutos que Rosita empleó en desembarazarse de su sombrero y de la falda, y después de bostezar largamente y de desperezarse con lentos movimientos atigrados, colocó un pie sobre la silla é inclinó el busto hacia adelante

ASUNTO GRAVE



Una.—Eso ya me lo he olido yo muchas veces.

La otra.—¡Hija, qué posturas más raras haces!



—No me explico por qué dicen los hombres eso del parecido de las almejas.

—¿Por qué?

—Porque estas se cierran en cuanto las tocan y con las otras ocurre todo lo contrario.

para zafarse las cintas del zapato. Aquella actitud realzó las lujuriantes pomposidades de sus caderas, cuyos contornos se modelaban tentadores bajo la enagua. Juanito, cediendo á una misteriosa atracción sobrehumana, salió de su refugio cautelosamente y avanzó algunos pasos, sin que Rosita, que parecía muy meditabunda, apercibiese su presencia. El joven, en momento tan decisivo, tenía los ojos en el techo y las manos cruzadas en actitud conitita.

De pronto sucedió algo terrible, inenarrable, que no se olvida nunca. Rosita acababa de volverse rápidamente y Juanito se arrojó á sus pies, balbuceando:

—¡Te amo, te amo!...

Ella lanzó un grito, un ¡¡¡ah!!!... magnífico, como no lo ha exhalado aún María Guerrero en toda su brillante carrera dramática. En seguida, cobrando ánimos, agregó:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere usted?..

—Soy, ya sabes... —repuso Juanito serenándose—; ya recuerdas quién soy... un loco que no podía resistir la idea de perderte, y por eso, atropellando todas las conveniencias, he venido aquí, porque necesito de ti y de tu amor para seguir viviendo...

Hablando así, se levantó con la vigorosa agilidad de un tigre cazador y se abalanzó sobre ella, estrechándola fuertemente entre sus brazos y besándola con su boca febril en los ojos, en los labios, en la nuca. Ante aquella brusca explosión de deseo, la varonil fortaleza de Rosita declinaba, combatida también por los ardores súbitamente despertados de su carne viciosa.

—Déjeme usted —repetía—; me lastima usted, loco!..

—Sí... loco de amor, sediento de amor...

Y entre tanto la empujaba hacia el fondo del dormitorio, bañado en la voluptuosa claridad de una lamparilla eléctrica de color verde...

::

Y á la mañana siguiente Rosita y Juanito, después de saborear tranquilamente las dulces vigiliias de una noche de amor, charlaban y reían comentando los prolegómenos de aquella aventura memorable, y el galán refirió los ardidés que empleó para vencer.

—¿De modo que la fiesta te cuesta?... —preguntó Rosa.

—Cien pesetas. Cincuenta que ya he entregado á Pepa, mas otras cincuenta que luego la daré.

—¿Es carol

—No lo es —repuso Juanito galantemente—, ya que tu belleza tuvo la piedad de recompensar mis sacrificios tan largamente.

Pasados algunos instantes de silencio, Rosa exclamó.

—¿Sabes una cosa?

—¿Y es?

—¿Quieres que le pida á Pepa ese dinero y lo gastaremos en irnos hoy de campo?...

La proposición fué aceptada con entusiasmo y la desdichada sirvienta, acobardada ante la idea de quedar despedida, devolvió el precio de su traición... y aún tuvo que quedarse toda aquella tarde encerrada y sola, cuidando la casa...

Y bien entrada la noche, mientras Juan y Rosita seguían en el campo, Pepita continuaba llorando la inmensa desventura de haber fiado mucho en la virtud de las mujeres que son cortejadas por mozos guapos...

FÉLIX RECIO

La sorpresa La escena pasó en el palacio destartalado que habita el barón de la Zanguille, héroe de la presente aventura, en un pueblecillo inmediato á París, y sin más



—Pero, mamá, cómo se te ha ocurrido dibujarte un corazón en ese sitio del delantal?

—Hija mía, cuando hayas vivido lo que yo, comprenderás que esta idea no es ninguna tontería.

servidumbre que una criada joven y guapa que servía para todo.

El excelente barón y su criada se entendían muy bien; mas el primero había pasado de la edad en que se dice todos los días la misa de los enamorados; gracias que subiese al altar los domingos, y para eso muchas veces no pasaba del *Introito*.

Ya se comprende que una mujer de las condiciones de Agustina, que tal era su nombre, no podía contentarse con tan escasa religión amorosa. En efecto, el barón tenía un colaborador anónimo; un cochero de la vecindad, cuya ventana daba frente por frente de las ventanas del barón. Agustina se rebajaba sin duda, pero la disculpaba el activo fervor de Basilio, siempre

dispuesto á cantar visperas ó maitines, según le exigiesen.

¶

El barón era un tipo miserable y caprichoso.

Una de sus raras economías consistía en fabricar él mismo las cerillas para su uso con una pasta fosfórica que creía haber inventado.

Pero Agustina conocía la propiedad del fósforo, del brillar en la obscuridad, y utilizaba aquella pasta para entenderse misteriosamente con su Basilio.

¿Cómo?

Escribiendo con ella sobre el pergamino de un tambor la consigna para cada noche. Nadie sabía de dónde había salido aquel tambor; pero el caso es que se encontraba allí.

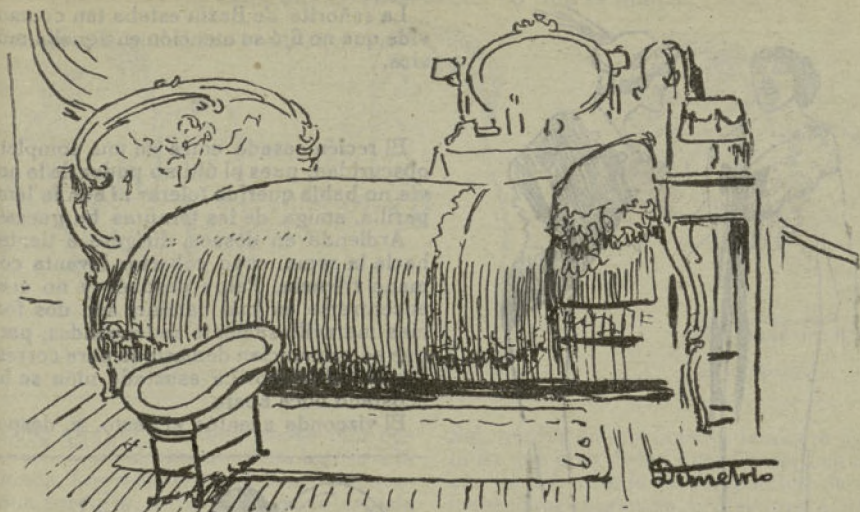
Los caracteres permanecían invisibles mientras duraba la claridad solar; mas llegada la noche, y cuando ya el barón dormía, bastaba frotar con la mano el pergamino para que resaltasen los caracteres con azuladas tintas, y Basilio podía leer



Una.—¿Por qué eres tonta y te dejas dominar? Yo á mi marido le hago bajar la cabeza.

La otra.—¿Hasta dónde?

ANUNCIOS ILUSTRADOS



«A modista guapa, que quiera ganar mucho dinero, cedo taller.

desde su ventana: «da dos golpes», ó «da tres», ó cualquiera señal indicada por Agustina para que el otro revelase después su presencia.

;;

Así andaban las cosas cuando el barón de la Zanguille recibió una carta de su buen amigo de la infancia el comendador Bazán, en la cual éste le pedía un inesperado favor. Su compañero de glorias y fatigas (de fatigas sobre todo) le anunciaba el casamiento de su querida hija Lorenza con el vizconde de Cuercuchón, y le rogaba que diese hospitalidad á los recién casados los primeros días de la luna de miel, en consideración á los pudores de la niña.

«En ninguna parte —decía— como bajo el techo *fraternal* de su *segundo padre*, hallará mi querida Lorenza la confianza y seguridad que su inocencia necesita».

Al enterarse Agustina de la misiva, exclamó encofeñizada:

—¡Qué horror! ¡Todo se va á trastornar en la casa!

Y gimió, y lloró, y se desesperó.

Mas, por grande que fuera la resistencia de la señora criada, no pudo vencer el culto á la amistad que profesaba el barón,

y *velis nolis* tuvo que obedecer la orden de prepararlo todo.

Al siguiente, en una especie de carricóche ridículo, llegaban el vizconde de Cuercuchón, la novia, y una tía de ésta que debía dar á la inocente y atribulada Lorenza los últimos consejos referentes á su nuevo estado.

La criada les sirvió, como es de suponer, una comida detestable: no pensaba en otra cosa que en recibir aquella misma noche á su Basilio. Para no hacer ruido, juzgó que sería prudente dejar la puerta entornada y ponerlo en conocimiento de su amante por el procedimiento ordinario del tambor luminoso.

Una vez escrita la consigna en el tambor, siguió trastornando la casa, con objeto de hacerla insoportable.

Pero, ¡qué importa á los verdaderos amantes el ruido de la tempestad que rugía en torno del frágil esquiife donde habían embarcado su dicha! El vizconde no se cansaba de contemplar á Lorenza con ojos en que la impaciencia ardía, y la joven tampoco se cansaba en el ejercicio de sus melindrosas coqueterías con el que creía amar.

Por fin llegó la hora en que la trémula esposa fué conducida á la alcoba conyuga

LA BATA ROJA



—¿Te parece bonito el color?

—Sí, pero tienes el inconveniente de que estás expuesta á que te embista tu marido.

por su excelente tía para ayudarla á desnudarse y revelarle de camino... lo que debía saber.

¡Con qué placer asistiríais á este espectáculo!

Pero no lo describiré, no. ¿Creéis que no respeto la santa institución del matrimonio, á la que nosotros, los célibes, tantos placeres debemos?

Lo único que os diré es que mientras la tía despojaba á la sobrina de los vestidos materiales, murmuraba en su oído palabras que, moralmente, iban despojando á la joven de su inocencia. También os diré que en el momento crítico en que acababa de caer la camisa de la joven desposada, mientras que la camisa de dormir abría las alas de batista por encima de sus brazos levantados en el aire, la revelación suprema de su venerable tía la hizo caer hacia atrás en un sillón... ¡Pum! —zumbó éste al sentirse honrado con el contacto de la joven.

Porque encima del sillón estaba el tambor maldito que Agustina había colocado allí en el desorden de los últimos aprestos

y que luego después buscaba con gran ansiedad.

La señorita de Bazán estaba tan conmovida que no fijó su atención en aquella música.

El recién casado entra en una completa obscuridad, pues el último pudor de la novia no había querido tolerar ni aun la lamparilla, amiga de las ternuras burguesas.

Ardiendo en deseos, diríjese á tientas hacia la cama, cuyo cobertor levanta con mano trémula. Palpa después y no cree encontrarse en mal camino: son dos formas maravillosamente redondeadas, pero que se pronuncian demasiado para corresponder al pecho. La asustada niña se ha acostado boca abajo.

El vizconde acentúa el tacto, y, despa-



El marido.—¡He dicho que se acaba y se acabará!

Ella.—No te pongas así por que ya no puedes tenerlas tiesas con nadie.

vorido, retrocede al leer, en medio de una nubecilla azulada, estas palabras extraordinarias, fatídicas, monstruosas, dejadas por el fósforo todavía húmedo del tambor sobre las deliciosas posaderas de la señorita Lorenza:

Entra sin llamar.

Clemente de CASTRO

ESTUDIOS FISONÓMICOS

LA CARA QUE SE PONE SEGÚN LO QUE SE HUELE



Una rosa.



Un chato de montilla.



Genecio

Un altramúz.

Las dos No había moza más bonita en veinte leguas á la redonda. Los misterios del bosque obscurcían sus ojos, y las flores de la cañada nacieron para su boca, que roja flor parecía prisionera por sus dientes.

Cuentan en la serranía que por ella se elevaron las cruces del desfiladero; esas cruces negras, clavadas junto á un arbusto, ó al borde de una peña, que dicen de grandes amores y odios inextinguibles. Allá dirimieron sus querellas, sin más luz que la de la luna y sin más testigos que sus conciencias, los impetuosos galanes que á la serrana pretendían. Y allá fueron quedando, cara al cielo y un puñal en el corazón los más débiles ó los menos avarados.

Mari-Sol —tal se llamaba la divina señora— era cruelmente esquiva. Nació al amor con el deseo, y éste logrado olvidó á aquél para siempre en el rincón de la burla. Y gustaba escuchar las torpes declaraciones, llenas de sinceridad é inquebrantables promesas de todos los mozos, que largos días maduraron el discurso de requerimiento. Mari Sol les escuchaba, confundiendo con la negrura intensa de sus ojos, y gustaba, al oírles, grabar una sonrisa de burla en las flores de sangre de sus divinos labios. Luego, cuando el infeliz amador terminaba su amoroso discurso, Mari Sol le miraba fijamente, gozándose en desengañarlo, y le decía:

—¡No sabes lo que pides! Odio á los hombres cuando recuerdo á *aquél*... Vete, no insistas.

Así pasaron los tiempos. Un día, llegado que hubo de la ciudad el padre de Mari-

Sol, púsose en movimiento la alegre quinta de que eran fieles guardianes. Los mozos de labor, ante la perspectiva de una inspección exagerada, protestaron al enterarse; y el padre de Mari-Sol, un viejo guarda bosque, de blancos cabellos y empaque decidido, se vió precisado á amonestarles duramente para apaciar aquellas injustificadas protestas.

—Y qué tenemos conque vengan? ¡Mejor! Ya sabéis que los señores son harto generosos, y no saldremos mal parados en nuestro estómago y en nuestra bolsa.

Además, viene la señorita Laura. Acaba de salir del convento, donde se ha educado, y los señores la traen á la sierra para que reponga las fuerzas que en mal hora perdió.

Tal fama de bondad tenía la señorita Laura, á su solo recuerdo les pareció admirable la resolución de los señores. Y éstos llegaron un día.

La señorita, en efecto, estaba enferma. Grandes ojeras circundaban sus dulces ojos, y una extremada palidez cubría su carita de ángel.

Se les hizo un recibimiento grandioso. Mari-Sol les dió en nombre de todos la bienvenida y los mozos de labor les arrojaron sus sombreros en un arrebato de sincera satisfacción.

La señorita Laura los habló dulcemente, con tonos conventuales, imprimiendo á sus palabras esa triste expresión del enfermo conocedor de la proximidad de su fin. En la boca besó á Mari-Sol, y su débil mano tendió á todos los presentes.

Desde entonces, la paz de la sierra se aposentó en la quinta. La señorita Laura,

siempre acompañada por la divina serrana, daba grandes paseos admirando la belleza del paisaje: á la loma, al valle; hoy á la fuente de la cañada, mañana al escabroso picacho de la sierra. Una tarde, rendida por la longitud del paseo, gustó de sentarse bajo un frondoso acebuche cercano á la fuente cantarina. Mari Sol sentóse con ella, y allí hablaron largamente. La serrana, sosteniendo en sus hombros la cabecita de Laura, la contó algo de su vida, la habló de la poesía de la tarde... y eran sus palabras quedamente pronunciadas. La señorita Laura recordó su vida en el convento.

—¡Si tú vieras, Mari Sol! Siempre en brazos de la paz; lejos del mundo, como estamos ahora; amando sin amar, y riendo por saber de todo cuanto conforta al alma. Allí estarán mis amigas Eloisa y Encarnación... Y allí estará Eugenia, la dulce amiga que tanto quiero... ¡Aquella que despertó en mí un grato sentimiento, como tú lo despiertas ahora, Mari-Sol!

Y hablaba acariciando lentamente las manos de la campesina, lentamente al principio, con vehemencia más tarde, Mari-Sol, que adormecíase voluptuosamente al arrullo manso de la voz de Laura, tembló. La señorita adquiría una agitación extraña, y sus ojos brillaban con más intensidad que nunca.

—Dame un beso, Mari-Sol... ¡Yo deseo que me beses!

Y los labios de la señorita Laura mordieron por un instante aquellas flores na-

cidas en el valle y puestas por Dios en la boca de la serrana.

La tarde declinaba, y algún ave nocturna cruzó el espacio. Mari Sol no quiso continuar. Rápidamente levantóse é inconscientemente trepó por una peña como fiera hostigada. La señorita Laura la siguió difícilmente los ojos inyectados en sangre, y, lívida, horriblemente convulsa, llegó hasta ella. Y allí, á dos pasos del abismo, la fiera y la cazadora lucharon sordamente.

Las cruces del desfiladero se iban ocultando bajo las sombras del crepúsculo. Apenas si se veían.

Antonio MORILLAS

SUCEDIDO...

Dos novios tuvo Lucía, se descuidó con los dos, y al verlos reñir decía:

—Que soy soltera, por Dios...

Y uno, por darle un bromazo, dijo al otro: —No es soltera, ¿No ves con el embarazo que lo dice la embustera?

Luis ESTESO

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y PAJARES
RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

